BIBLIOTECA DE LA
SOCIEDAD PERUANA DE PSICOANALISIS

Revista Psicoanálisis Nº 2, Lima, 2001.

ADOLESCENTES DE BARRIOS MARGINALES: EL CONTINENTE TERAPÉUTICO

Bibiana Maza*

Introducción

Somos un grupo de psicoanalistas y psicólogos que trabajamos desde 1989 en " La Casa de la Familia", con personas de escasos recursos económicos. Se trata de una propuesta innovadora en prevención temprana, en la que participan conjuntamente padres y niños en un espacio grupal de juego, escucha y diálogo. Este proyecto institucional tomó como referente al IRAEC (Instituto de investigación aplicada al niño y a la pareja) de la ciudad de París, institución con la cual mantenemos permanente comunicación.

Durante diez años recibimos a las familias en un local en el centro de Lima que pertenecía a la Municipalidad. En Enero de 1999 abrimos la puerta de nuestro nuevo y propio local en el distrito del Rímac, no muy lejos del anterior, en un barrio de población marginal que poco a poco nos fue mostrando su peligrosidad. Continuábamos de esta manera en otro distrito de la gran Lima nuestro trabajo con niños pequeños y sus padres.

Muy pronto, mientras comenzaban a acudir las primeras familias, empezaron a aparecer los chicos del barrio quienes por no tener la edad requerida, ni estar acompañados de sus padres, no podíamos dejarlos entrar. Entonces se quedaban en la ventana pidiendo un espacio para ellos, ya que también querían jugar.

Les decíamos que estabamos pensando en abrirles un espacio en el futuro, pero ellos seguían exigiendo y pidiendo "ahora, queremos para hoy día!" invocación que presagiaba desde ya un impulso que no controlaban, situación que ahora descubro, al hacerse evidente.

---

* Miembro Asociado de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

Estos chicos parecían simpáticos y tranquilos y querían participar. No teníamos que ir a buscarlos. La casa nueva a la que nos mudamos, sí tenía espacio para ellos. Trabajar con adolescentes era una idea que ya se había tenido en mente y las internas de psicología estaban muy interesadas. Nada parecía presagiar las dificultades que se suscitaron después.

De parte de nosotros se mezclaron en ese momento ingredientes de buenas intenciones, con ingenuidad, algo de omnipotencia y una pizca de falta de prevención que pudo hacer fracasar nuestro proyecto primordial de la "La Casa de la Familia" y el trabajo con los niños pequeños. Al respecto, no al inicio pero sí en algún momento se pensó que el trabajo con los adolescentes podría favorecer nuestra labor principal ya que nos dejarían tranquilos el resto de la semana; pero más tarde esto mismo fue cuestionado ya que el caos que se generó empezó a invadir el espacio de las familias.

En el equipo hubo controversias, no todos estaban animados en comenzar esta actividad. Sin embargo asumí la responsabilidad y se programó la actividad para el primer Lunes de Febrero de ese mismo año. Responsabilidad que luego me quitó varias noches de sueño y me suscitó dudas respecto a sí fue conveniente abrir este espacio. Fue como abrirle un lugar a su mundo interno, un mundo de muchas carencias, rabia y violencia que ninguna de nosotras conocía en nuestra propia experiencia.

Inicios del trabajo con púberes y adolescentes

Para comenzar se esbozaron algunos objetivos iniciales y estos fueron los que fundamentan nuestro trabajo con las familias: brindar un espacio para que los adolescentes puedan jugar y conversar. Nada más lejos de la realidad. Ni jugar, ni conversar caracterizaron buena parte del primer año de trabajo. Parece que el objetivo trazado por los jóvenes más problemáticos era el de agredir, insultar, fastidiar, llamar la atención.

El primer Lunes llegaron muchos chicos, en su mayoría púberes y jóvenes adolescentes del barrio y de sus alrededores y se dedicaron a moverse por todos lados tratando de conocer este nuevo lugar. No hubo manera de calmarlos e impedir que subieran por las escaleras al segundo piso.

Paralelamente, las internas de psicología en una actitud muy seria y responsable ya se estaban reuniendo con María Angela Cánepa una supervisora muy entendida en materia de adolescencia. Y en buena hora puesto que este espacio pudo ayudarlas a contener, un poco, toda la incertidumbre y angustia que les fue provocando la conducta cada vez más descontrolada y violenta de algunos jóvenes.

Ante esta situación nos dimos cuenta que se necesitaba la incorporación de colegas con más experiencia y es así que comenzó a asistir un equipo reforzado.

Cada lunes se llevaban actividades diversas como son: dibujo individual y grupal, juego con pelota, juegos de mesa, hacer pulseras y llaveros, murales

con pintura y/o recortes de revistas, libros y revistas de fútbol y dibujos animados del momento. Había un grupo de chicos y chicas que querían jugar y hacer actividades pero no los dejaba otro grupo que interrumpía todo el rato tirando la pelota por las cabezas, exigiendo atención personal o amenazando con groserías, arrojando las cosas de las mesas. El "ándate a la concha de tu madre" era la grosería habitual.

No había manera de ponerles límites, subían al segundo piso y a los techos, caminaban por el filo de la pared del patio poniéndose en situación de peligro. Podían escupir, tirar piedras y orines desde el segundo piso. No se podía trabajar con ellos, era un caos. Llegué un día a decirles "si siguen así cerramos la actividad!" y algunos amenazaron " ¡si la cierran les quemamos la casa!". Además eran frecuentes los robos del material y los dibujos en las paredes de la casa con alusiones sexuales a las internas.

Recuerdo un lunes que llevamos harina para hacer plastelina y trabajos manuales y los chicos se precipitaron a coger su parte y comenzaron a arrojarla por las cabezas; grité con tanta rabia que por un momento pude poner orden. En otras oportunidades de caos, Humberto - uno de nuestros chicos problema- recordando esta escena me decía "hágase la loca" para que los controle. Efectivamente mi grito los asustaba.

Poco a poco fueron llegando jóvenes de más edad inquietados por lo que hacíamos y por la música. Algunos incluso llegaban drogados. Empezamos a saber que algunos pertenecían a bandas juveniles que robaban, sin embargo con nosotros tenían una actitud correcta y les pedíamos ayuda para sacar a los más jóvenes, que se excedían, de los techos y de la casa. Nuestra expectativa que estos mayores pudieran dialogar tampoco fue muy clara ya que no recurrían a la palabra. Incluso algunos decían "para qué sirve hablar".

En un primer momento se programaron tres horas de trabajo semanal, pero era tan insoportable y agotador por la actitud de estos y la cada vez mayor asistencia que podía llegar a 50 jóvenes, que se acortó a dos horas semanales. Los chicos se quejaron y no dejaron de quejarse porque consideraban que además les dábamos muy poco, frente a los bebés que tenían cuatro días por semana.

El bebé insatisfecho que estaba dentro de ellos comenzó a protestar y lo que tratábamos de proteger - el espacio para las familias- comenzó a ser perturbado los otros días ya que intentaban entrar, arrojaban cosas por las ventanas, gritaban, tiraban patadas a las puertas y piedras a las ventanas. En ese momento me pregunté incluso si hasta nuestro proyecto matriz fracasaría.

La asistencia de los chicos, la demanda de más días del "Wawawasi" (palabra quechua que significa casa de bebés) como lo llaman, nos hacía pensar que detrás de toda esta violencia había un pedido de ayuda y una ambivalencia muy grande. Pero el equipo estaba desconcertado, no sabíamos que hacer e incluso no contábamos con trabajos que nos iluminaran el camino. Parecía que estabamos frente a una experiencia original ya que métodos conocidos como trabajos grupales que intentamos implementar no funcionaban.

Parece que todo lo bueno que se ofrece necesitara ser sometido a prueba ó destruido para no conocer ninguna posibilidad distinta de la que ya tienen en cuanto a desesperanza y fracasos en sus vínculos afectivos. La idea de que abrir este espacio los iba a ayudar parecía una ilusión, la violencia se incrementaba y empezaron a copar todos los espacios de reflexión de la Casa de la Familia.

Partir el día lunes constituía otro problema. La separación no era aceptada y la ambivalencia se mostraba con más fuerza. Nos tomaba tiempo sacarlos de la casa y de los techos y afuera nos esperaban para insultar, escupir y arrojar hasta piedras y excremento en alguna oportunidad. Esta situación también nos hacía pensar que los chicos necesitaban, al final de la tarde, embravecerse, ponerse como un toro furioso para de nuevo afrontar los peligros de la calle y su soledad.

Era imperioso tener un espacio más frecuente para poder pensar y reflexionar sobre este caos. Las supervisiones semanales entre el equipo con otros colegas de La Casa de la Familia empezaron a replantear nuevas estrategias de trabajo y poner significado a todo lo vivido. Se incorpora Clelia Trelancia, analista que trabaja con jóvenes, para apoyar en la supervisión. Había que ver la manera de hacer respetar los límites porque habían fracasado muchos intentos y entre estos, las asambleas con ellos mismos cuyas decisiones no cumplían.

Contener el caos

El equipo tenía que ser más consistente al poner orden y normas, no podíamos flaquear. Los chicos aprovechaban de nuestras indecisiones para "golpear" más fuerte, ya que en el equipo la tolerancia a la agresión variaba y esto favorecía el desorden. Algo así como que cualquier pequeña ranura que se dejaba ellos sabían como agrandarla. Se decidió ser más firmes y no tolerar excesos y se procedió a sacar de la casa a los que no cumplían las normas y no permitirles la entrada el lunes siguiente y también medidas de expulsión hasta nuevo aviso.

Otra medida que tomamos y que nos ayudó mucho fue ir a hablar con los padres de los chicos problemas en un intento de conocerlos, acercarnos y buscar un puente de comunicación con ellos, así como también con los vecinos para lograr una actitud más comprensiva de parte de estos. De esta manera retomábamos la idea esencial de La Casa de la Familia, que es trabajar con los niños y sus padres.

Cuando sacábamos a los chicos de la casa había una persona del equipo que permanecía afuera conversando con ellos, para favorecer un espacio de transición hasta que estén listos para volver a entrar

Las supervisiones grupales sobre el tema de "hasta dónde se puede tolerar" ha sido motivo de controversias. Hay en el equipo algunos más "comprensivos o afectivos" y otros más "rígidos" lo que origina que los chicos

puedan aprovechar de la coyuntura al dividirnos en dos bandos. En este sentido nos planteamos si la "Casa de la Familia" es un lugar para corregir las malas conductas, o para comprender el porqué de ellas o ambas a la vez y además buscar comunicar esa comprensión a través de una actitud adecuada.

Los "tontos" nos llaman en ocasiones los chicos porque no están acostumbrados al diálogo cuando se portan mal. Y a veces llegan al abuso porque no los corregimos con golpes como sucede con sus padres o con la "ley de la calle". Nuestra palabra siempre está presente incluso cuando los sacamos de la casa les explicamos él porque.

Los jóvenes más tranquilos nos pedían que botemos a los que molestan y nos preguntaban "¿porqué los aceptan?", dejando algunos de ir porque "están ellos". A este grupo de chicos tampoco les podíamos dar más tiempo porque teníamos que ocuparnos de controlar el desorden de unos ocho jóvenes. Tanto nos demandaban que los tomábamos como si fueran los únicos y no valorábamos lo suficiente a una treintena de chicos que sí respetaban las normas, eran cariñosos con nosotros y tenían un lenguaje diferente. Nos dimos cuenta que algunos de entre ellos comenzaron a portarse mal, tal vez en un intento que también nos ocupemos más de ellos.

Los vecinos y lugareños también decían lo mismo y expresaban que los consentíamos demasiado. Hay chicos que ya están condenados y estigmatizados por el barrio y sus familias y nosotros queremos ofrecerles la posibilidad de ser mirados de otra manera.

Tal es la situación de Mario de trece años que era el joven más difícil de abordar por la rabia y violencia tremenda con que constantemente actuaba. Su tía decía que sólo quedaba echarle querosene y quemarlo. Su padre, que asistía y asiste a La Casa de la Familia con sus hijas pequeñas, nos contaba su deseo de deshacerse de Mario y de tomar todos "racumín"(veneno para matar ratas) para escapar de la pobreza. Mario los amenazaba con suicidarse y un día su madre lo llevó a la Avenida Tacna y le dijo que se tire a las ruedas de los carros.

En la actualidad Mario sigue siendo difícil pero así como él otros jóvenes bravos como Humberto, Pepito, Darío, Pedro han empezado a tener otra expresión en sus rostros. Tal vez un rostro más humano, que me asusta menos y que se contacta un poco más después de este año y 3 meses juntos.

Vivencias de vacio y desencuentro en estos jovenes

Un día, Marcial comentando que extrañaba una interna de psicología con la cual conversaba, dijo que el año pasado se habían portado tan mal porque "cómo íbamos a confiar en ustedes, teníamos que probarlos", lo que es igual a lo que alguien dijo: "teníamos que pagar derecho de piso". Y de esta manera introduzco el tema de la desconfianza frente a nosotros, que somos personas desconocidas y diferentes en muchos sentidos a los pobladores de ese barrio y deben ser "probadas".

La desconfianza no sólo al extraño diferente, sino más bien una desconfianza histórica, interna, producto de muchas dificultades familiares. El primer año nos hicieron la vida miserable en su afán de probarnos y tal vez como expresión del caos y desorganización que sienten en su vida, era una manera de actuarla, mostrarla. Cuando Humberto y otros se balanceaban en el filo de las paredes y caminaban peligrosamente por los techos nos estaban mostrando el descuido en el que están y cuán expuestos al sufrimiento se sienten en sus cuerpos y sus afectos.

Muchas veces nos preguntaban cuál era el motivo de que estemos ahí, cuánto ganábamos, de donde veníamos, quienes éramos, etc. En cada separación creían que nunca íbamos a regresar. En cambio sí tienen confianza en su pandilla, incluso ésta les puede ofrecer mucho más que su propia familia.

Las pandillas actúan como un todo indiferenciado, tienen un líder y se apoyan entre ellos. Se trata de una pérdida de la identidad como consecuencia de no sentirse seguro, con posibilidades en sí mismo, con falta de autonomía. Se busca un jefe que los maneje y se identifican con él actuando de manera autoritaria y omnipotente. Cuando uno era sacado de la casa o se portaba mal pedía "apoyo" y los otros venían a fastidiar.

Darío es el jefe del grupo de los jóvenes adolescentes y los maneja diciéndoles lo que tienen que hacer. Está tan habituado a mandar que me decía a mí lo que tenía que hacer o decir, hasta que me di cuenta y le dije: "que Humberto me lo diga", o "que Pablo decida él si lo hace o no".

Nosotros los tratábamos como el grupo de chicos que viene a fastidiar, habíamos asumido la misma actitud del barrio hacía ellos. El darnos cuenta nos llevó a diferenciarlos, a hablar a cada uno, pero nos inquietaba ya que nos dimos cuenta que tenían miedo de individualizarse porque se sentían desprotegidos, expuestos, teníamos que ir despacio. Nuestro mensaje era subversivo para ellos, hasta ese momento su lenguaje era el de "la ley de la calle" que significa impulsividad, violencia y nosotros veníamos a conversar, a poner límites, a establecer vínculos afectivos, a proponerles confiar.

La dificultad del trabajo con ellos está relacionada también a las características propias de la adolescencia que se incrementa con la carencia afectiva y el abandono. Es una etapa de cambios, difícil, de cuestionamientos, pero también lleno de posibilidades creativas y de crecimiento. Pero si desde los inicios de sus vidas lo que más ha imperado es el desencuentro, estas posibilidades están muy debilitadas para transitar por una adolescencia más saludable.

A medida que el tiempo pasa el adolescente joven que no recupera la esperanza se vuelve apático, marginal, se asume como un excluido. Aparte de los púberes hay dos grupos de adolescentes que vienen a la Casa: los más jóvenes (entre diez y quince años) que son los que nos causan destrozos y nos maltratan y los mayores (a partir de quince) que no nos hacen problemas y más bien nos ayudan con los más jóvenes sacándolos de la Casa o diciéndoles que porqué nos insultan así, pero no son muy comunicativos. Sabemos que

muchos de estos mayores son ya avezados delincuentes y la falta de diálogo y cierta apatía de algunos, nos transmite vacíos y conformismo en el que ya se instaló la desesperanza.

Dialogar puede ser peligroso porque implica recordar lo que no se quiere y se prefiere el silencio para no sentir el dolor y el actuar para no sentir la fragilidad.

En cambio, parece que la violencia en la casa de los más jóvenes, fuese una búsqueda aunque ambivalente en la cual aún queda energía para no caer en la decepción total. Y será por esto que siguen asistiendo al punto que participar del Lunes se ha convertido en algo muy deseado por ellos. Sin embargo los mayores ya casi no asistían sobretodo desde cuando nos robaron la radio ya que la música los animaba, incluso algunos bailaban. Pronto vamos a comprar otra radio.

Al respecto el equipo se cuestiona. Tal vez tampoco encontraron ellos lo que esperaban en nosotros. Recuerdo que nos decían que botemos a los que fastidian. Es cierto que frente al gran número de adolescentes que acudían nosotros no podíamos copar todas las voraces demandas y siempre requerimos más gente en el equipo. Pero ellos están por ahí y tenemos una buena relación. El otro día se me acercaron dos de ellos y me dijeron que querían que los ayudemos a conseguir becas para estudiar y yo les propuse que vengan a conversar y ellos aceptaron. Y de nuevo regresaron.

Enrique y Rati pertenecen a este grupo de mayores. Rati, dicen, es el líder de una banda y recuerdo algunas tardes en que jugamos paletas y a Enrique lo he visto siendo llevado a empujones por su corpulento y temible padre después de haber asaltado a una transeúnte. Conozco a toda la familia de Enrique, sus hermanos vienen los Lunes y su hermanito de cuatro años viene con su mamá los otros días y su joven pareja también nos ha visitado con su bebé de seis meses de nacida. Según referencias el padre de Enrique estuvo en Lurigancho (cárcel), pero en la actualidad los padres se dedican a un pequeño negocio de venta de comida. Podemos preguntarnos sobre cuales fueron las identificaciones de Enrique, o Rati con sus respectivos padres. Asimismo en cuánto a Mario qué modelo identificatorio le puede dar un padre deprimido, desocupado y absorto en sus problemas para el cual la única salida era el suicidio familiar.

Un espacio para dialogar y jugar

Nuestro objetivo inicial pareciera comenzar a tener sentido después de unos diez meses de trabajo.

Se necesita todo un tiempo de constancia, contención y consistencia por parte del equipo que les permita descubrir que es posible mirarnos con menos desconfianza. Además habíamos podido resistir consistentemente.

En el ínterin contratamos a un papá que asistía al club de padres y niños pequeños, y que por sus características de fuerza y conocimiento de las

drogas y otros, nos pareció que podría colaborar en poner orden los días Lunes y librarnos del trabajo "sucio" que consiste en sacar a los chicos de la casa y protegernos a la hora de la salida. El señor Mario ha contribuido a mejorar el orden y su presencia nos aporta tranquilidad, amén de los beneficios que él puede obtener para su propio orden interno.

La principal actividad de los jóvenes más problemáticos es el juego de fútbol que se realiza, ahora, de una manera más organizada y con reglas. Los demás pueden sentarse en las mesas a realizar actividades manuales y juegos, pero también por momentos los primeros lo hacen. Como decía alguien del equipo "han bajado del techo a las mesas".

Nosotros jugamos con ellos y este compartir juntos el juego ha favorecido que nos sientan más cercanos a ellos, el juego favorece el encuentro. Un adulto que juega puede representar un padre y una madre más amigos, menos peligrosos.

Hay más orden, lo que permite al equipo pensar y poder poner palabras que den sentido a expresiones o comportamientos de los chicos. Los temas alusivos a la sexualidad son frecuentes con exhibicionismo, llegando hasta actos masturbatorios. Se responde con naturalidad, por ejemplo a Pedro le dije que tal vez detrás de su monotema sexual nos quiere expresar su necesidad de afecto, pero no sabe expresarlo de otro modo. Hay que estar tranquilo para responder sin descontrolarse cuando lo que quieren es pervertir el diálogo. La vez pasada Carlos no dejaba de fastidiar e interrumpía el juego de pelota, alguien del equipo le dijo que no necesitaba fastidiar para hacerse notar porque sabíamos muy bien que estaba ahí y que nos interesaba mucho.

Ellos saben ahora mejor que extralimitarse implica su expulsión del siguiente Lunes. Darío el líder, era caracterizado por el equipo como manipulador, con características psicopáticas y fue impedido de entrar por generar una situación de violencia, frente a lo cual sus siempre seguidores actuaron de manera individualizada y siguieron asistiendo. Darío hizo muchos esfuerzos y su comportamiento desde la calle y la ventana de la Casa permitió que fuera nuevamente admitido.

Si bien ahora las condiciones para trabajar con ellos es muy distinta, siempre es difícil el manejo de la violencia y la impulsividad que puede variar de semana a semana. Pero muchas cosas han cambiado y ahora ya podemos trabajar tranquilos con las familias los otros días de la semana. El proyecto matriz estaba protegido.

¿Qué fue lo que posibilitó el cambio? Puedo mencionar la supervisión grupal, la constancia y el deseo de permanecer, la resistencia, la incorporación de personas mayores y con experiencia que podían representar a figuras parentales o de autoridad, también el poner orden y límites sin maltrato siempre con una explicación de por medio y sin perder el afecto y el contacto con la calle y sus familiares. Pienso que realizar esta actividad dentro de una institución sólida como es La Casa de la Familia y que tiene como objetivo trabajar con bebes y niños pequeños, ha podido tocar fibras internas, el bebé

que llevan dentro y que aún no ha perdido completamente la esperanza de encontrar referentes más consistentes, y lazos afectivos. No es posible un trabajo así sin contención, el continente es en sí mismo terapéutico, el continente posibilita el cambio.

Darío me decía, en su manera peculiar que no se sabe si se burla o no pero por lo menos lo decía, que él quería estudiar psicología porque nosotros ayudábamos. Expresando así esbozos de figuras de identificación que pueden poblar sus mundos internos para no perder la ilusión de crecer.

En muchos momentos me cuestioné si había sido una buena idea abrir este proyecto. Los adolescentes nos dieron tantos problemas que pusieron en peligro la continuidad de la Casa de la Familia. Tal vez dejar sus mentes y su mundo interno como estaba hubiese permitido que no insistan más y nos hubiésemos ahorrado todos los inconvenientes. Pero tampoco les habríamos dado una oportunidad y un espacio para restituirse psíquicamente.

Tampoco podemos saber si al no haberles abierto este espacio en la casa, con el tiempo hubiesen comenzado a molestar y agredir y nosotros estaríamos sin la protección del vínculo ya establecido, como sucedió en un barrio marginal de Francia que hizo fracasar el trabajo con los niños pequeños y sus familias, por los problemas con los adolescentes.

Al principio creíamos que iba a ser fácil, y después nos costó en tiempo de supervisión, en inquietudes, en soportar maltrato al equipo y el comienzo de dificultades entre nosotros mismos que siempre, felizmente, llegamos a conversar y elaborar. Sintiendo el efecto rebote de la violencia de ellos en nuestro propio equipo.

Este año la situación es diferente. El equipo se siente más seguro, se obedecen mejor las reglas, y ya no perturban el trabajo con las familias los otros días de la semana. Humberto de quince años nos puede dar un termómetro de lo que están sintiendo los chicos. Es el joven que más nos inquietaba por su fragilidad psíquica y su desvalimiento y era el "chulío" del jefe de la pandilla. A diferencia de lo que nos pueden transmitir otros chicos no hay nadie en el equipo que no sienta un afecto muy grande por Humberto, sin embargo él es intocable y se defiende con agresión de cualquier manifestación o muestra de cariño. El año pasado tuvo "brotes psicóticos" en la Casa de la Familia, se quedaba paralizado y mudo en una esquina durante toda la tarde, o subía al filo del muro y permanecía ahí cuando nos íbamos. Nos inquietaba sus impulsos autodestructivos, pero se fue recuperando hasta hacer alianzas con el equipo llegando a traer regalitos del Señor de los Milagros, lo que nos halagó en un momento pero que luego nos preocupó por lo aislado que pudiera sentirse frente a su grupo y esto llevó a que nos cuidáramos de diferenciarlo delante de los otros.

Ya hace un tiempo que Humberto tiene una expresión diferente en su rostro, puede mirar a los ojos y puede jugar y disfrutar del juego de pelota incluso molesta a los demás con ella como un signo de que ahora siente menos miedo y que la bronca es posible ponerla afuera.

Aparte de los límites estrictos y las normas, el trabajo con los adolescentes tiene el sello de La Casa de la Familia. Igual que con las familias, los adolescentes son acogidos en un espacio de juego libre. No hay contrato ni protocolos a llenar, pueden venir y permanecer el tiempo que deseen hasta la hora de salida. Se les ofrece diversas actividades manuales y lúdicas pero son ellos los que eligen lo que quieren hacer. Estas actividades contienen material simple y no en proporciones que puedan incitar al robo. Hasta el momento no han funcionado actividades programadas como teatro y dramatizaciones. Ellos saben que los Lunes estamos ahí para ellos y que pueden venir y dialogar con nosotros si así lo desean. En la actualidad algunos han comenzado a realizar pulseras y collares, fuera de la actividad del Lunes, para ser vendidas.

Los ocho jóvenes que tanto insistieron para que les abramos las puertas del "Wawawasi" como lo llaman en clara alusión a su necesidad de ser 'maternados' y que, paradójicamente nos hicieron "la vida imposible" el año pasado, son los que más vienen e incluso faltan al colegio para poder asistir.

El otro día llegando a la actividad de los adolescentes veo a lo lejos en la Alameda a dos de los jóvenes mayores visiblemente drogados. Pienso que la insistencia de los más jóvenes en tener su espacio ha sido motivada tal vez por su desesperación de ver los pocos años que les quedan para encontrarle un sentido a su vida y no caer en la decepción total.

A pesar de lo difícil que fue comenzar este proyecto con adolescentes, ahora sentimos satisfacción por el proceso de crecimiento mutuo y por el vínculo establecido. Ellos nos han enseñado de este particular momento de la vida, tan complejo y que transita dentro de condiciones dramáticas y, además, nos han mostrado carencias y violencias que nos preocupan por su amplitud en nuestra sociedad. También es importante mencionar que el trabajo con los adolescentes y con los padres y sus niños pequeños se desarrolla dentro de un modelo institucional que propone La Casa de la Familia, y que lleva el psicoanálisis al campo social y a personas que nunca han escuchado de él.

BIBIANA MAZA
Tudela y Varela 130, Lima 27
Telf. 441 2825 Fax 422 5071